

rectas. Ya sabes que, huérfanos desde la edad mas temprana, fuimos educados Fernando y yo en una posesion cerca de Marquina, por un primo lejano de nuestra madre, que era al mismo tiempo nuestro tutor. Tú sabes que don Santiago Contreras, que este era su nombre, tenia una hija, Cecilia. No quiero hacerte su retrato, porque la conoces. Te diré solamente, que viviéndo á su lado, no tardé en declararle mi viva pasion, y un dia, yo tenia veinte años, y ella catorce, pedí gravemente su mano á su padre. Don Santiago rió, y me dijo que éramos muy jóvenes para pensar en casamientos; que por lo demás, el proyecto no le desagradaba, y que si despues de terminados mis estudios permanecia en las mismas ideas, daria gustoso su consentimiento. Esta respuesta me colmó de felicidad; abracé á mi tutor como á un segundo padre, y partí inmediatamente para Madrid con el objeto de concluir mi carrera y acercar de este modo el instante de mi felicidad. Trabajé con ardor; yo queria ser médico; es la profesion mas noble que yo conozco. Por espacio de tres años, cada carta que recibia del pais venian á confirmar mis queridas esperanzas, cuando un rayo destruyó de pronto este frágil edificio. Don Santiago Contreras murio de una apoplejia fulminante. Quise acudir, pero Fernando me escribió que Cecilia estaba resignada con su afliccion, y que una hermana de su padre habia venido para vivir á su lado. Yo me disponia para entrar en exámen; permaneci en Madrid, y luego pasé á mi pais en el momento que se dieron vacaciones. Hacia tres años que no habia visto á Cecilia; y la encontré mas bella que nunca; era una mujer con todos los encantos de la mujer; pero al mismo tiempo me pareció que la encontraba triste. Yo jamás le habia hablado de mi conversacion con su padre; pero ella lo sabia todo, y me constaba que ella no se habia dado por ofendida. Al ver su tristeza, me pareció prudente no hablarla de mis proyectos; pero cuando concluyó el período de las vacaciones: «Adios, amigos míos, les dije; todavia tengo que vivir un año lejos de vosotros; pero un año pasa pronto; yo volveré para no separarme jamás.»

—¡Pobre Carlos! interrumpió Magdalena.

—Aguarda, prosiguió el doctor. Volví á emprender mis tareas. Sin embargo, las cartas de Magdalena eran cada vez mas raras, y el tono con que estaban escritas revelaba un misterio. En lugar de alegrarme, como en otras ocasiones, producian en mí espíritu un malestar inexplicable. En fin, sonó la hora de la emancipacion; corrí al pueblo con mi diploma de doctor en el bolsillo, y tomé el camino de la áspera montaña que me habia visto nacer. ¡Ay! qué acogida tan triste me esperaba!

Llego con el corazón rebotando de alegría y con los brazos abiertos. ¿Dónde está mi hermano? ¿dónde está Cecilia? Los criados de la casa me observan con ojos de espantado. «¿Cómo, me dice uno de ellos, el señorito no sabe que don Fernando y doña Cecilia hace un mes que han salido para París?—¡A París! ¡Casados tal vez!—Si señor,» me respondieron. He aquí el secreto que yo habia entrevisto sin adivinarlo. «¡Me han engañado!... ¡ellos!... Yo debí morir... Hui de aquella casa, y me situé en esta que formaba parte de mi herencia paterna. Cai en cama con fiebre, y sin tus buenos cuidados, querida Magdalena, yo dormiria á estas horas en el cementerio de San Sebastian. Cuando convaleci supe que Fernando estaba de regreso con su mujer... ¡su mujer...! y que habia pedido permiso para hablarme. Yo me negué.

—Acaso tendrá alguna disculpa que dar.

—¡Disculpa!... El amor acaso. ¿Entonces por qué no habérmelo confesado francamente? ¿Por que me dejó soñar tanto

tiempo? No, no hay disculpa posible. Sin embargo, me curé y me pregunté lo que hacer debería. Dejar el pais donde á cada paso tropezaria con un recuerdo. No me sentí con fuerzas suficientes para hacerlo, y busqué el olvido en el trabajo. Yo era médico, y me hice médico de los pobres. Tú sabes lo demás; dime ahora si encuentras en tu corazón valor para condenarme.

—Yo no le condeno á vd., dijo la anciana, le compadezco.

—Y sin embargo, hay dias en que interrogo á mi conciencia, en que me pregunto si yo, miserable criatura, tengo derecho á juzgar á los demás y á mostrarme tan severo.

—Escuche vd. esa voz que viene de arriba, que es la voz de Dios.

—¡Dios que me ha abandonado!... Basta, Magdalena... tengo que trabajar.

—Como vd. quiera, respondió Magdalena.

—Déjame solo.

## IV

Magdalena se fué dando un suspiro, y Carlos se sentó junto á la ventana. Se cruzó de brazos; fijó su mirada en el suelo y pensó.

—¡El trabajo! Sí, este es el refugio donde yo he encontrado mi reposo. Mis libros, mis únicos y leales amigos que me han dado consuelo, la ciencia, que me ha dado sus secretos para combatir la muerte.

Mientras tanto arreció la tormenta: el viento, el trueno y el ruido de las olas no sacaron al médico de su sombría meditation, y proseguia pensando:

—Rezar... dice Magdalena, como si Dios se acordase de mí... ¡Me ha olvidado!... ¿A qué me he de dirigir yo á él? Todo lo que yo pido, es que me olvide completamente.

En este momento iluminó la sala un refulgente relámpago, que fué seguido de una fuerte detonacion que se perdió prolongándose en la inmensidad del negro espacio. El médico miró al cielo y exclamó:

—Parece que Dios me responde con la voz de la tempestad. Sí, la tormenta ruge... compadezco á los pobres navegantes.

Magdalena entró repentinamente.

—¿Qué sucede? dijo Carlos levantándose.

—¡Si vd. supiera! repuso Magdalena poniéndose las manos en la cabeza.

—Lo sabré cuando tú hayas hablado.

—Señorito... viajeros sorprendidos por la tempestad que piden refugio unos cortos instantes.

—¿Cuándo has visto tú que mi puerta se cierre á viajeros desgraciados?

—Es que...

—¡Que entren!

—Es que...

—¡Otra vez! ¡que entren!

—¡Virgen santa, tened misericordia de mí!

—Tu voz tiembla, vacilas, te turbas!...

—Sí, señor, respondió Magdalena bajando los ojos, Carlos se dirige colérico hácia la puerta principal de la sala y ve entrar á Fernando y á Cecilia.

## V

Carlos miró á los recién llegados y quedó como petrificado. Fernando se quitó el sombrero y habló.

—Dispensa, hermano: somos nosotros los que hemos violado tu consigna.

—¿Qué venis á buscar á mi casa? preguntó Cárlos con enojo.

—Vendríamos aquí, contestó Fernando, á implorar tu perdón, si no supiéramos que nos has desterrado de tu corazón.

—Es verdad, respondió Cárlos secamente.

Cecilia interrumpió á su cuñado y dijo:

—Hay además otro motivo que nos ha obligado á esportarnos á tu colera.

—¿Cuál? preguntó Cárlos con ceño.

—Nuestra hija, repuso Cecilia... ¿Ya sabrás que tenemos una hija?

—Lo sé, contestó Cárlos.

—Nuestra hija, continuó Cecilia, tu sobrina...

En este momento Cárlos no pudo disimular un movimiento particular.

—Tu sobrina, prosiguió, sale ahora de una larga y dolorosa enfermedad. Todos los días la obligamos á dar largos paseos á fin de apresurar su convalecencia. Hoy nos hallábase lejos de casa, ligeros de ropa, y la lluvia nos ha sorprendido. Nada te pedimos para nosotros, que hubiéramos soportado cien tormentas antes que provocar tu enojo; pero tenemos miedo del estado débil y delicado de nuestra hija.

—Si lo que dices es cierto, has hecho bien, dijo Cárlos con serenidad afectada.

—Gracias, hermano mio, respondió Cecilia.

—¿Dónde está la niña? preguntó Cárlos

—En la cocina, respondió al instante Magdalena, la he puesto delante del hornillo para que se sequen sus ropas y para que se calienten sus miembros.

—Está muy bien, dijo Cárlos, disponiéndose á salir del salón.

—¿Nos dejas? preguntó Fernando tristemente.

—Sí, repuso Cárlos.

—Cecilia, exclamó Fernando cogiendo la mano de su esposa; nosotros debemos ausentarnos.

—¿Por qué? preguntó Cárlos desde la puerta del gabinete por donde se disponía á entrar.

—Porque nosotros no debemos ni queremos ser un enojoso estorbo.

—No me estorbais. Queden vds. aquí hasta que la tormenta se apacigüe, yo tengo que hacer en mi cuarto de estudio.

—¡Hermano! exclamó Cecilia casi llorando.

—Magdalena, dijo Cárlos gravemente, cuida de que nada falté á mis huéspedes.

Luego dirigiéndose á Fernando continuó.

—Cumpla con vosotros los deberes de la hospitalidad; no me pidan vds. mas.

Y haciendo un ligero saludo entró en su despacho.

## VI

—Voy por la niña, dijo Magdalena yéndose por otra puerta.

Cecilia y Fernando bajaron los ojos; permaneciendo un gran rato pensativos, luego se miraron tristemente.

—¿Para qué hemos venido? dijo Cecilia. ¡Cuánto he sentido verle! ¡Que desmejorado está!

—¡Siempre inflexible! exclamó Fernando cruzando las manos y hablando consigo mismo.

—¿Qué cara nos cuesta nuestra felicidad! repuso Cecilia.

En este momento entró Magdalena trayendo á Carlota de la mano, una niña hermosa de unos nueve años de edad.

—¡Mamá! exclamó Carlota echándose en los brazos de su madre.

—¿Estás mejor, hija mia? preguntó Cecilia.

—Me encuentro enteramente repuesta, pero tengo mucho frío; creí que mi picara enfermedad iba á venir otra vez.

—No me lo digas, querida, exclamó de pronto Cecilia.

—Tranquilízate, mamá, respondió Carlota dando un beso á Cecilia, ya no siento nada.

Y mirando en su derredor preguntó cándidamente:

—¿En dónde estamos?

—En casa de tu tío, contestó Cecilia.

—¡Mi tío Cárlos!

—Sí, hija mia.

—¿Y por qué es esta la primera vez que venimos aquí?

Fernando se aproximó á su esposa y le dijo por lo bajo:

—No la digas la verdad, Cecilia.

—Porque está muy distante nuestra casa.

—Pues yo doy paseos mucho mas largos... ¿Y en dónde está mi tío?

—Ha salido, respondió inmediatamente Fernando.

—Lo siento, pues hubiera deseado darle un beso.

—Magdalena, interrumpió Cecilia, mira si la lluvia ha cesado.

Magdalena se asomó á la ventana y volvió diciendo:

—Esta lloviendo á torrentes.

—¡Pero qué pocos muebles tiene mi tío! dijo Carlota mirando á todos lados. ¿Por qué no tiene tantos muebles como nosotros?

Fernando contestó:

—Por que tu tío no piensa en él; todo se lo da á los pobres.

—Entonces es tan bueno como Dios.

—Sí y no, hijo mia, respondió Fernando.

—Mamá ¿qué me ha querido decir papá? Yo no lo he entendido bien.

—Ha querido decirte, que tu tío es caritativo con los desgraciados, pero que no sabe olvidar injurias.

—¿Y habrá gentes tan malas que hayan querido hacerle daño?

—Basta, hija mia, interrumpió Fernando; tus preguntas apesadumbran á tu madre.

—No importa, esto está mal; aquí no hay alegría, Magdalena.

—¿Qué quiere vd., señorita?

—¿Por qué no está mejor dispuesto el mueblaje de mi tío?

—No sé, señorita, repuso Magdalena sonriendo.

—Con muy poca cosa se da á una sala un aspecto de fiesta y alegría.

—Nosotros, prosiguió Magdalena, nunca estamos de fiesta ni tenemos alegría.

—De eso precisamente es de lo que yo me quejo.

Cecilia, se dirigió á Magdalena y le dijo:

—Te ruego que no pongas atención á los caprichos de una niña, demasiado mimada.

—Cállate, mamá. Mira, se pone una flor aquí, otra allí.. Yo precisamente he cogido un grande ramo de flores silvestres en mi paseo.

Y se apresuró á levantarlas del sillón donde las había puesto al entrar y prosiguió:

—Magdalena, dame esos dos jarrones que están vacíos sobre la chimenea y pónlos en este velador.

Magdalena obedeció, y Carlota los llenaba de flores diciendo:

—¿Ves lo que yo decia?... Mira, pónlos otra vez sobre la chimenea.

—Con mucho gusto, respondió Magdalena riendo y ejecutando el mandato de Carlota.

—Carlota, dijo Cecilia, tú estas reprendiendo á Magdalena, tú la estas injuriando.

—No, respondió Carlota besando á la anciana. ¿Es verdad que nosotras seremos siempre buenas amigas?

Se dirigió despues á Fernando que se hallaba puesto á la ventana viendo caer la lluvia.

—Papá, he pensado, puesto que ya he comenzado á escribir, dejar á mi tío una carta rogándole que me haga una visita.

—Temo que sea inútil, hija mia, respondió Fernando.

—¿Por qué?... El será muy político.

Y se sentó junto al velador y se puso á escribir.

Mientras tanto, Cecilia se acercó á su esposo y le dijo:

—La tormenta ha disminuido, aunque no haya cesado completamente. Nos pondremos en camino.

—Dices bien, respondió Fernando.

Carlota decia escribiendo:

—¡Mi querido tío!...

De pronto se detuvo y exclamó.

—¡Qué frío tengo!

—¿Frío en el mes de junio, hija mia?

—Sí, mamá, tengo mucho frío.

¡Fernando corrió hácia la niña gritando!

—¡Cecilia, la fiebre vuelve!

—¡La fiebre! exclamó Cecilia.

—La fiebre, sí, dijo tristemente Carlota, la fiebre, la conozco.

—¡Partamos! dijo Cecilia atribulada. Adios, Magdalena, y tomó en brazos á Carlota.

—¿No quiere vd. que llame al doctor? preguntó Magdalena.

—No le incomodes, dijo Fernando.

—Díle que nos disimule si nos vamos sin despedirnos, añadió Cecilia.

—¡Qué frío tengo, mamá! repitió Carlota.

—La niña está tiritando, dijo Magdalena. Convendría que la arropasen vds. con esta capa.

Cecilia tomó la capa del doctor que la daba Magdalena y arropando con ella á la niña, partió el matrimonio diciendo:

—Adios, Magdalena.

ILDEFONSO BERMEJO.

(Se concluirá.)

## EL HURACAN DE CALCUTA.

Casi al mismo tiempo que los periódicos nacionales y extranjeros nos hacían la descripción de los *adones*, tan terribles en las regiones intertropicales, los diarios de la India nos anunciaban que la ciudad de Calcuta y sus inmediaciones acababan de ser destruidas por un espantoso huracán. Desde aquel momento, cartas particulares nos han comunicado nuevos pormenores que no han hecho mas que añadir horrores á aquella catástrofe espantosa.

El 4 de octubre del año anterior bajó el barómetro rápidamente, anunciando una próxima tempestad; la lluvia caía á torrentes y el viento soplabá con violencia. Los que ocupaban los buques tomaban sus precauciones y los habitantes de las riberas del Ganges abandonaban las orillas del río.

Al día siguiente, sin embargo, la tempestad debía hacer que todas las precauciones fracasasen.

A las once de la mañana el viento saltó del Nord-este á Sud-sud-este, y el cydoso se hundió como el rayo sobre el Ganges, desde el mar hasta diez y seis millas sobre Calcuta.

Una circunstancia particular contribuyó tambien á aumentar los efectos de la tempestad. Sabemos que la ola experimenta siempre un movimiento de ascension muy marcado cuando penetra en una bahia, cuyo fondo va estrechándose. Pues bien, esta es precisamente la figura que presentan en general las embocaduras de los grandes rios. Y además aquí la ola no solamente se encuentra cada vez mas estrechada entre las riberas, sino que encuentra además delante de ella un obstáculo que no solamente la detiene, sino que tiende á hacerla retroceder: estas son las aguas que el río lleva al Océano. La lucha de las dos corrientes contrarias produce el fenómeno al que se ha dado, segun los diferentes países, los nombres de *barra*, *mascarela*, *ras de marea* y *prororaca*.

Los vapores que suben del mar, primeramente marchando contra la corriente, se acumulan, se amasan, y cuando cobran fuerza, vuelven á la carga con la certidumbre de vencer. Entonces una montaña que avanza, y que con un invencible vigor invade el río, arroja á lo lejos sus aguas y se establece victoriosa en su lecho. Este fenómeno puede verse en las embocaduras del Sena y del Dordoña, pero no se muestra con las proporciones imponentes que toma en los grandes rios del Asia y de América. El Hongly, una de las ramas que forman el delta del Ganges, es el punto donde se manifiesta un *mascareta* que se produce con una rapidez extraordinaria. La ola sube ordinariamente á veinte millas (1).

Se deja fácilmente comprender el terrible concurso que el mar ha de prestar á la tempestad. Las olas, oprimidas en el estrecho canal parece que rugen. Se elevan sobre los muelles y sobre las orillas emblanquecidas con la espuma, y rompen todos los obstáculos.

Habia entonces en el Hongly una verdadera flota de buques mercantes, hasta cerca de 200, la mayor parte de ellos de mas de 1,200 toneladas. Estaban anclados ó vigorosamente amarrados á la orilla.

El huracán los levantó como débiles barquillas, y los precipitó uno sobre otro en la orilla. No se veían por todos lados mas que mástiles y aparejos rotos, y despojos de todas clases.

El *Lady Francklin* y el *Goivendpore* fueron rotos en pocos momentos. El *Bengala*, paquete de la compañía peninsular oriental, fué llevado á mas de doscientos metros dentro de tierra, donde quedó hundido por la popa.

En medio de aquellas escenas desoladoras en que la pluma se muestra impotente para describirlas, la humanidad no perdía sus derechos y nuestras correspondencias nos trasmitían rasgos de heroísmo y adhesión que debemos consignar.

El *Goivendpore* se hallaba en medio del río. A cada momento las olas amenazaban devorarle.

Una multitud consternada é impotente asistía desde la orilla á aquel horrible espectáculo.

—Cien rupias al que traiga una cuerda del navío, gritaron muchas voces.

Nadie respondió; la tempestad se presentaba cada vez mas amenazadora.

De repente se presentó un marinero, llamado Edward

(1) Los misterios del Océano (p. 129 y 280).

Cleary, que había visto el peligro y sin conocer siquiera la recompensa prometida, ofrece entregarse á la salvacion de todos.

Se ata un cordel alrededor del cuerpo y se arrojó al agua. ¿Llegará al buque? Los ojos de la multitud le siguen con ansiedad durante su peligroso viaje.



El huracan de Calcuta.

Ya le cubren las olas y parece que amenazan tragár- | tañas de agua, y nada, nada siempre, adelantando hácia el  
sele; ya reaparece Edward en la cima de espantosas mon- | misero buque.

Hubo, sin embargo, un momento en que se le creyó perdido. Una ola enorme se había deshecho sobre su cabeza y parecía haberle sumergido con su peso.

Pasaron algunos segundos sin verle. Algunas veces se escapaba de todos los pechos un grito de alegría, era que acababa de reaparecer á algunas brazas solamente del *Goi-vendpore*. Por último llegó al buque y ató su cuerda por delante. Gracias á aquella cuerda nueve hombres llegaban sucesivamente á tierra y el capitán el último de todos.

Sin embargo, el espectáculo que la ciudad por sí misma ofrecía, no era menos aflictivo.

Por espacio de seis horas, no se había disminuido la tempestad ni por un momento.

Parecía que el poder devastador de los elementos quería hacer un montón de ruinas de la espléndida ciudad.

Enormes árboles, algunos de quince pies de diámetro, eran arrancados de raíz y llevados por el viento. Las casas, los edificios y las iglesias, se desplomaban, las casas de los indios se desbarataban y hundían bajo sus ruinas á sus desgraciados habitantes.

En el interior mismo de Calcuta, el río, desbordado, invadía muchos cuarteles y minaba por su base las casas que el viento había ya destruido.

Al ver aquellos estragos, dice un testigo ocular, parecía que la ciudad acababa de sufrir un sitio y un bombardeo desapiadado.

Se calcula en cinco mil el número de las víctimas; las primeras noticias habían indicado una cifra mucho más crecida, que las últimas desmintieron por fortuna.

Las pérdidas materiales se calculan en doscientos á doscientos cincuenta millones de francos.

Por último, el huracán no debía limitar sus estragos á la misma Calcuta.

El ministro de Marina francés, recibió del gobernador de los establecimientos franceses en la India, despachos que le anunciaban, que la ciudad y el territorio de Chandernagor, habían sido enteramente devastados.

La ciudad india se vió casi enteramente destruida, y muchas personas perecieron bajo los escombros de las casas.

---

La razón es un monarca condenado á una lucha sin tregua contra súbditos sublevados; pero Dios le ha dado las fuerzas necesarias para combatir y para vencer; lucha terrible, llena de azares y peligros, aunque por la misma razón mucho más digna de todas las almas generosas.

J. BALMES: *Arte de llegar á lo verdadero.*

## EL DESAFIO DE UNA MUJER.

### EPISODIO DE LOS BAÑOS DE SPA.

(Conclusion).

Sentado en el balcón de esa fonda, me entregaba yo filosóficamente á las reflexiones que preceden.

Hacia una hora ó dos que sonaba yo así á la claridad de la luna y á los acordes de la orquesta del baile que me traía la brisa de la noche, y que repetían los ecos lejanos de la montaña. Ya había fumado algunos de esos ricos cigarros belgas, de los que pienso llevar á París una caja á despecho de esos aduaneros, y ya iba á volverme á mi cuarto para acostarme prosáicamente, cuando oí cerca de mí el ruido de un vestido, y luego una especie de seña, á la que respondieron de la calle.

Sorprendido, alcé la cabeza, y distinguí al otro extremo del balcón á la señorita Teresa, fijando en la balaustrada de hierro la punta de una escala de cuerda, preparando este medio de subir á una persona que no tardó en presentarse.

Era Mr. César Maupin.

Estuve á punto de soltar un grito.

Sin embargo, tuve bastante prudencia para superar mi emoción, y me oculté detrás de una persiana del balcón que daba á mi aposento.

A dos pasos estaba el cuarto de Mad. de Coulanges.

La solterona ocupaba una pieza contigua á la alcoba de mi prima Elisa, y en ella introdujo á Mr. César.

Ciertamente los miserables no me creían tan cerca de ellos.

Sali con mucho silencio de mi escondite, y fui á instalarme junto á la ventana que habían dejado entreabierta.

Aquí me faltan las expresiones para pintar todo el horror que esperimé al oír la conversación de aquellos dos seres degradados. Al cabo conocí cuales eran sus vergonzosas maniobras. Teresa estaba de acuerdo con aquel vil intrigante, y le ayudaba con todas sus fuerzas á ejecutar un proyecto detestable, que era, como adivinará el lector, el casarse con Elisa á toda costa.

—Acabo de dar el primer golpe, decía César á su digna compañera. Mis revelaciones, y las pruebas irrefragables que las apoyaron en seguida, han producido el efecto que yo debía esperar; el baile está conmovido; jamás se ha comprometido á una mujer de un modo tan diestro.

—¿Y el abogado? preguntó Teresa.

—Se quedó estupefacto, completamente estupefacto á la vista de sus tres cartas y de la miniatura. Está bien claro que Mad. de Coulanges me ha sacrificado la correspondencia, y su retrato entre mis manos, prueba, sin réplica, que he poseído el original.

A este odioso discurso no se qué me impidió el precipitarme al instante mismo sobre el infame, y aplastarle á patadas.

En seguida le oí que regañaba con su cómplice, y apliqué de nuevo el oído.

—No, César, no; eso no será, lo juro por el nombre que tengo; exclamaba Teresa con un acento de ira muy pronunciado.

—Sin embargo, respondió el otro, es el medio más seguro para zanjar las últimas dificultades.

—¡Ingrato! dijo Teresa, ¿quieres venderme cuando todo lo he sacrificado por tí!

—¡Tontería! ¿Acaso los veinte y cinco mil francos de renta de la baronesa, pueden compararse con lo que tú llamas tus sacrificios? ¿Acaso no nos dividiremos esa fortuna?

—¡Pero ella es baronesa, y la amarás!...

—No seas tonta, no divaguemos, y tratemos de entendernos, querida mía. Llego del baile donde he rasgado el velo, donde he proclamado altamente mi conquista. Cogiendo después á mi rival, en particular, le he desarrollado mi

historia, y he visto el momento en que el pobre necio se iba á caer desmayado. Si ahora quedan todavía algunos in-crédulos, ya conocerás que es preciso un golpe de audacia para acabar de convencerlos á todos.

—Sí, es verdad, pero.....

Cesar cerró la boca á Teresa.

—Pero cuando me vean salir del aposento contiguo á este cuarto ya estará todo concluido, amiga mía. Veamos, sé razonable, no descuidemos nada de lo que puede ayudar al triunfo de la empresa. Una hora de conversacion con la indomable Elisa, y te prometo que la dejaré mas blanda que un guante, mas suave que un cordero. Tengo medios infalibles para lograrlo. Ahora bien, aun suponiendo que careciese yo de delicadeza hasta el punto de quedarme con tu parte del medio millon, ¿no posees tú todos mis secretos? ¿Quién te impedirá llamarme al órden? De modo que está convenido; entraré en el cuarto de Mad. de Coulanges.

—Está bien, entrarás, dijo Teresa.

Y oí distintamente resonar un beso.

Nunca podré pintar lo que pasó por mí en aquel instante; era una mezcla de sorpresa inaudita, de indignacion furiosa y de invencible repugnancia.

La Providencia que queria salvar á mi prima, permitió que asistiese yo á aquella conferencia del vicio, á aquella trama monstruosa, cuyos innobles detalles quedaron bien grabados en mi memoria.

¡Y aquellas perversas criaturas se abrazaban allí en mi presencia!

El amor, esa fusion sagrada de las almas, ese sueño de oro, ese misterio de felicidad que los ángeles nos envi-dian, dos demonios osaban parodiarlo.

No pude contenerme mas y de un vigoroso puñetazo abrí la ventana.

La cabeza de Medusa, de fabulosa memoria, no produjo jamás tamaño efecto.

Turbados de repente los culpados, me consideraron durante algunos segundos con asombro indecible, y luego obedeciendo al terror pánico que se habia apoderado de ellos, corrieron hácia la primera puerta que se ofreció á sus ojos.

Esta puerta era la de un armario bastante profundo, que servia de gabinete de tocador.

Antes que hubiesen tenido tiempo para reconocer el sitio en que se hallaban, yo les empujé dentro á los dos, y cerré de golpe la puerta, echando un par de vueltas á la cerradura.

Todo esto pasó en un segundo.

¿Cuál era mi designio? No lo sé, pues no estaba para pensar en aquel momento, pero por el pronto ya tenia encerrados á la lechuza y al buho.

Si mi historia parece loca, absurda, extravagante, certificado de nuevo que es verdadera, y que no invento una sílaba de todo lo que cuento.

Pero aun no he dicho qué era este famoso César Maupin.

En París abundan esos seres cuya existencia es un problema, que salen no se sabe de dónde, que viven no se sabe cómo y que á todo se parecen, hasta se parecen á un hombre de honor cuando llevan la cinta encarnada.

César decian que habia ganado la suya en las barricadas de 1830, cuando fueron abandonadas por sus verdaderos defensores.

Apenas hacia un minuto que habia cogido en el lazo á los dos culpables, cuando ya me rogaban y suplicaban cobardemente desde el fondo de su escondite.

Pero yo me mantuve inflexible.

No temia que se escapasen porque la puerta del armario era bien sólida.

De repente oigo ruido en el aposento de Mad. de Coulanges; mi prima volvia, yo corri á su lado inmediatamente.

¡Pobre Elisa! ¡qué pálida estaba!

Sus hermosos ojos, anegados en llanto, brillaban al mismo tiempo con una justa cólera; su traje de baile estaba en desórden; Elisa tiraba al suelo su aderezo de diamantes.

Julian la habia acompañado hasta el umbral del cuarto, y se habia quedado allí en pié, en una actitud de consternacion profunda.

—Ved, dijo Elisa, mostrándome al sobrino del burgo-maestre, acabo de ser calumniada de un modo indigno, y ni una palabra de consuelo se escapa de sus labios..... ¡me cree culpable!...

—¡Oh, justificaos!... exclamó Julian, que no podia con- tener sus lágrimas.

—¡Justificarme, caballero, justificarme!... ¡Vuestro co- razon habria debido tomar la iniciativa!... ¿Acaso conozco yo á ese baron de Verneuil? ¿Cómo no le habeis traído á mi lado, para que á lo menos me acuse en mi casa? Las cartas que os ha anunciado han sido robadas y el retrato tam- bien. ¿Pero por qué habeis permitido que se escapara ese hombre? ¿Ha sido para impedirme que le confundiera, y que le arrojara una provocacion como se merec? Pues ciertamente lo habria hecho, ya que vos habeis dejado de hacerlo, caballero.

—Ya sabré encontrarle, murmuró Julian con acento sombrío.

—Y no tendreis que andar mucho para eso, le dije yo dán- dole un golpe en el hombro.

Y sacando de mi bolsillo la llave del armario, proseguí dirigiéndome á Elisa:

—El baron de Verneuil no es otro que César Maupin, vuestro adorador de la calle de Rivoli: tranquilizaos, Elisa, le tengo en mi poder.

Elisa me dirigió muchas preguntas, y yo la conté en resumen cómo habia descubierto los horrosos designios de Teresa y de su digno cómplice.

—Por lo visto, añadí, las cartas fueron sustraídas por Teresa, que las recibia de manos del cartero y se las apro- piaba sin vergüenza. En cuanto al retrato debe ser el mis- mo que aquel pintor amigo de César se llevó hace ocho dias, bajo pretexto de retocar en él algunas cosas.

—Sí, si, dijo Elisa, todo está explicado ahora. Pero en el baile han circulado dichos innobles; yo he sorprendido cu- chicheos injuriosos y risas burlonas: necesito una repara- cion solemne, una venganza.

Y se acercó á mí y me habló al oido.

Cuando me hubo comunicado lo que tenia que decirme, exclamé vivamente:

—¡Qué locura, Elisa! es imposible, y nunca podré con- sentir!....

—Yo quiero que así sea! interrumpió con un acento ma- jestuoso.

Toda réplica era ya inútil.

Me vi obligado á aparentar que me sometia á la imperio- sa voluntad de Mad. de Coulanges, pero en mi interior me propuse echar á perder su proyecto.

En aquel instante Julian confundido, se adelantó á pedir perdon.



Elisa le rechazó friamente.

—Esperad, caballero, le dijo; mi inocencia no está reconocida aun, yo os enseñaré de qué modo una mujer que se respeta sabe castigar á un calumniador.

Dejamos á la baronesa para entrar en el cuarto donde estaban los presos.

Allí Julian encontró á su tío, pues creo haberme olvidado decir que encargué á un mozo de la fonda de Vorek que fuera á prevenir al burgomaestre.

Mi intención formal era entregar los culpables á la justicia.

Apenas di algunas noticias al magistrado cuando lanzó una exclamacion de alegría y me estrechó las manos con efusion.

—Gracias, mil gracias, exclamó; me ahorrais muchas investigaciones enojosas, y acabais de coger en la red de un solo golpe á dos individuos que desde ayer me han sido señalados por la policia francesa. Una demanda de extradicion se ha entablado contra ellos. César Maupin está acusado de haber ayudado á la señorita Teresa á dilapidar las ganancias de una fonda que la susodicha administraba. Es un robo en toda regla.

Yo miré á Julian.

El pobre abogado estaba rojo de vergüenza: habia tenido sospechas sobre la virtud de Mad. de Coulanges por el dicho de un hombre que estaba perseguido como estafador por la justicia.

—Gracias á vos, añadió el burgomaestre pegándome en el hombro, nuestros dos bribones no escaparán á su castigo.

Entonces oimos una voz que reclamaba del interior del armario.

Era la voz de César.

El imprudente hablaba en tono alto: hacia alarde de su cinta encarnada, protestaba de su inocencia, y juraba que sabia castigar á los que se atrevian á poner en duda sus sentimientos de probidad.

—Sal, pues, exclamé yo abriendo el armario, que seas ó no lo que te acusan de ser, yo te dispensaré el honor de batirme contigo.

Julian quiso que el desafio fuera con él.

—No, le dije yo, habeis tenido sospechas de madama de Coulanges: vuestro castigo será ver que la defiende otro.

—¡Hum! prorumpió el burgomaestre, amigos míos, me colocais en una posición muy singular. En mi calidad de magistrado tengo el deber de condenar á los duelistas y á los que intervienen en los desafios. Sin embargo, continuó dirigiéndose á César que habia salido de su estrecha cárcel, me veo obligado á servir de padrino á este caballero para no perderle de vista. ¡Cómo ha de ser! todo se remediará condenándome yo mismo.

Durante este intervalo la señorita Teresa lanzaba agudos gritos y fingia un ataque de nervios á fin de enternecernos.

El burgomaestre la tomó de la mano, la metió de nuevo en el armario, y cerró gravemente la puerta echando dos vueltas á la llave.

En seguida encomendó la custodia de Teresa al mozo de la fonda que yo le habia enviado.

A todo esto principiaba á despuntar la aurora.

Convinimos en que el desafio tendria lugar en la Sauvinière, sobre el sendero del barranco.

En su consecuencia tomamos las armas, y yo encargué

que se hiciera el menor ruido posible al salir de la fonda para no despertar á Mad. de Coulanges cuyas órdenes imperiosas queria yo evitar en aquel momento.

Por nada en el mundo habria querido que Elisa supiera lo que iba á pasar, pues conocia su indomable carácter y su firmeza de resolucion.

Bien luego llegamos á la fuente.

Principiaba ya á verme libre de ciertos temores, cuando de repente oimos el ruido de un caballo que galopaba detrás de nosotros.

Exhortando á los demás á seguir mi ejemplo, me arrojé en el sendero del barranco con la esperanza de que á beneficio de la espesura de los árboles, cuya sombría bóveda estaba apenas alumbrada por algunos rayos del dia, nos sustraeríamos á la persecucion que nos amenazaba.

Pero todas estas precauciones debian de ser inútiles.

Madama de Coulanges entró en el sendero y se apeó de repente en medio de nosotros.

—Debeis saber, primo mio, me dijo, que en mi vida he retrocedido ante ninguna resolucion una vez tomada. Este duelo es cosa mia, únicamente mia.

Julian cayó suplicante á sus rodillas; yo apoyé sus instancias, y también el burgomaestre empleó todos los recursos de la lógica y de la persuasion para disuadirla de su designio.

Elisa nos respondió secamente:

—Yo no doy nunca á nadie el derecho de vengar un insulto que se me hace.

—Pero Elisa....

—¿Se cree acaso que no tengo el valor suficiente?

—En nombre del cielo, escuchadnos...

—No escucho nada.

—Elisa...

—¡Nada, digo, que carguen las armas!

Y al decir esto se acercó á César y le arrojó su guante á la cara con un ademan de soberano desprecio.

César se quedó cortado; sus mejillas se cubrieron de una palidez cadavérica.

En cuanto á Elisa... ¡Si supiérais qué hermosa estaba en aquel momento supremo!...

Vestida con su traje de amazona se parecia á la Diana antigua. Sus largos cabellos negros destrenzados por lo que habia corrido, flotaban en desorden sobre sus hombros, y sus ojos lanzaban llamas.

Preciso fué resignarnos á obedecerla.

Pero desde aquel instante, todos nosotros estábamos seguros del resultado de la pelea: teniamos derecho para contar con la justicia del cielo.

En el fondo del barranco de la Sauvinière rodaba el torrente que se desprendia de la montaña.

Una lluvia de tempestad le habia hecho crecer la vispera, y las olas estrellándose contra las piedras producian un ruido lúgubre.

Sobre el golfo habia un puente frágil con barandilla por un solo lado.

Elisa atravesó el puente con paso firme despues de haber tomado el arma que la presentamos.

Colocados á una distancia de cincuenta pasos, los adversarios debian marchar delante de sí hasta encontrarse encima del puente.

Nuestros corazones latian con violencia.

El burgomaestre dió tres palmadas: era la señal convenida.

César parecia ya mas animoso: se adelantó con paso

firme al encuentro de la amazona y tiró el primero: su bala se llevó el sombrero de Elisa.

Respiramos, ya no estaba en peligro.

—Tiembla ahora, calumniador cobarde, gritó Mad. de Coulanges: vas á ser castigado por la misma mujer que habías elegido como víctima. ¡Ah! en vano conservas esperanza... tengo buen ojo y mano muy segura, y apunto á esa señal de honor que eres indigno de llevar.

Y dicho esto apretó el gatillo.

Salió el tiro.

Su adversario, herido en medio del pecho, titubeó sobre el puente como un hombre borracho: en seguida le vimos caer del lado opuesto á la barandilla y rodar en el torrente.

En vano tratamos de hallar el cuerpo de aquel miserable: había desaparecido entre las aguas.

Además, debimos ocuparnos de Mad. de Coulanges que acababa de desmayarse.

Después de haber desplegado en aquella circunstancia una energía casi sobrenatural, Elisa no había podido soportar el espectáculo de la muerte de su enemigo.

La fijeza femenina triunfó de su valor extraordinario.

Inmenso fué el efecto que produjo la noticia de este combate.

Nuestra vuelta á la ciudad fué para Elisa una verdadera fiesta. Todo el mundo quería verla y felicitarla: el entusiasmo dura aun, y llaman á Mad. de Coulanges la *heroína del barranco*.

Siempre conservará este sobrenombre.

Nuestro buen burgomaestre abrió el armario, y sacó de su calabozo á la fondista que, en el momento en que trazo estos renglones camina á Paris, escoltada por los gendarmes, de justicia en justicia.

Pero un hombre había muerto y éramos esponsables ante los tribunales.

Elisa se constituyó prisionera, y aquel mismo día se ofrecieron doscientos fladores para que saliera de la cárcel. La causa se fallará próximamente: Julian defenderá á su futura: es una causa ganada, pues todos los jueces están enamorados de mi hermosa prima.

Yo temo ser como los jueces y temo no poder consolar-me nunca de no tener á mi prima por esposa.

## ESTUDIOS MORALES AL LAPIZ.



LAS SOMBRAS REVELADORAS.—En lo que convierte al hombre el miedo.